

V

La comida fué ceremoniosa, de presentación y conocimiento; molesta para aquella gente que, excepción de médico y cura, sentían recelosa inquietud cuando dirigían á los forasteros la palabra.

Doña Leonor, con su austero y noble semblante, con sus ademanes de gran dama, les imponía. De esta imposición librábanse, á más de cura y médico, dos personas: Julia, por fuero de beldad; Juanito, por el de su poca vergüenza.

A poco de llegar, la enhebró con el cuñado en ciernes. Entre sorbo y sorbo—no de agua—fué confesando al aristócrata, y se convenció de que andaba tan escaso de mollera como de bolsillo.

Fachada, no más que fachada. Quitáranle el terno irreprochable, los altos bigotes kaiserianos, el perfil de retrato antiguo y el escudo señorial, y quedaría un tipo inútil para todo, hasta para hacer daño.

Mientras contemplaba á su interlocutor por los cristales de una copa, mediada de Jerez, se le vino á mientes cierta casa de antigüedades que frecuentó en Madrid, no al reclamo de la antigüedad, al de la dueña, que era una real moza.

En tal casa, y sobre una vitrina, leíase esta rimbombante inscripción: "Espada de Suero de Quiñones, el del Paso,,.

Algo relumbraba dentro de la vitrina. Con incrustaciones primorosas, con sello de indudable autenticidad, pudo honrar y honrarse acompañando al castellano en su hazaña caballeresca. Sólo que, aun siendo de Quiñones, no era toda la espada. Faltábale un pequeño detalle: la hoja. No había allí más que la vaina.

Una cosa por el estilo pasaba con el cuñado aquél. La condesa... Puede que sí, que mereciera, conforme se decía, todos los respetos. A él, ¡plin!... Respetable ó no, había transpuesto los cincuenta. Con las viejas no hay que gastar saliva. ¡Que la gastase Julia!

A maravilla se comportaba esta adivinando los menores deseos de la dama, cumpliéndolos, aún no adivinador,, poniendo en la conversación todas sus innatas finuras, con más las aprendidas en un colegio de monjas, existente en la capital.

A educar niñas nobles se dedicaba este colegio; pero Julia entró en él por oficios del señor duque, su padrino. En él continuó por obra de los billetes paternales. Fué para ello para lo único que el avaro ex-administrador tuvo fácil la bolsa. Verdad que no á humo de pajas hizo el gasto. Convenía á sus planes que Julia se educara á lo grande y amistase con las chiquillas tituladas. Era el primer paso. ¿La niña necesitaba darlo con zapatitos de oro? Que lo diese. Mirándolo bien, dinero á réditos. El primer paso allanaría otros, á cuyo término veía don Anselmo un duque, un conde ó un marqués entrando por las

puertas de su plebeyo hogar en clase de marido.

Y por las puertas del cortijo habíasele entrado ya un conde, de los de cepa antigua, "sin trampa ni cartón,, con tres ó cuatro reyes en el árbol genealógico.

—¿Qué pensaban los aristócratas del pueblo, los que daban á Anselmo de hombro en el Concejo y en la iglesia y en las ceremonias oficiales?... Pa todo hay melecina. Lo que no se hereda, se compra. Por mor del marido tragarían á Julia y á la madre de Julia y á él. Cuando viniese el primer nieto, tal que los noblotes vanidosos sería; mejor, porque podría apalear las onzas que ellos contaban muy despacio pa que durara más el son.

De gozo temblaba el criado antiguo de los duques al hacer estas reflexiones, y á las pupilas bellacas se le asomaba el gozo, y en sonrisa se traducía sobre su boca de careados dientes.

Teresa se encogía dentro de su sillón, procurando reducirse, disminuirse, empequeñecerse. Le avergonzaba dar frente á la condesa, ocupar en el comedor sitio de preferencia con aquella señora, á quien, en fecha ya lejana, abrió puertas y anunció servilmente y mudó platos y cubiertos en casa de los duques.

¿Se acordaría la condesa? ¿Reconocería en la madre de Julia á la doncella de la duquesa Beatriz?... ¡No, por Dios!... ¡Ni reconocerla, ni recordarla!... ¡Qué bochorno si, reconociéndola ó recordándola, hacía alusión á los pasados tiempos!...

Al pensarlo, no de reducirse, de desaparecer trataba. Aplastábase contra el asiento, escondía el cor-

pachón tras de los manteles, metía la caraza en el plato y entornaba los párpados para ocultar bajo ellos los negrísimos y delatores ojos, donde vivía toda entera la hembra pícara de treinta años atrás.

Pronto se rehizo, echando á espaldas los repulgos.

— Después de todo, ¿qué? ¿Por qué había de encojarse y de avergonzarse? ¿Porque Leonor era título? ¿Porque eila, antes de ser la mandona del pueblo, fué una criada de servir? ¡Ni que ignorase lo que había tras los títulos y las coronas! ¡Ni que saliera de un rincón sin haber pateado mundo!... Limpian-do retretes y haciendo camas en casa de los grandes se ven sus pequeñeces. Muchas vió. De muchas se aprovechó también. ¿Iba á respetar, de vieja y po-tentada, á quienes de joven y asalariada no temió?...

Sin más que ser guapa sobróle para que el duque se arrastrara á sus pies suplicando la limosna de una caricia. Mil veces fué despreciada la duquesa, con todo su orgullo y señorío, por la moza de esca-lera abajo, por la que danzaba de salón en salón, con el plumerillo en la mano, los pies en chancletas y la carne morena asomando, como un envite, por los remangos y desabroches de la chambra.

¡Bien de lágrimas derramó aquella duquesa Bea-triz á causa de la moza, cuando ésta, casada con An-selmo, abandonó el palacio y tuvo domicilio propio! A su domicilio iba el duque—luego de enviar á An-selmo en comisión.—En el domicilio se pasaba la no-che, toda la noche, ¿eh? con Teresa, con su Teresilla sandunguera, como la llamaba mimoso, temblante de lujuria.—“Su porvenir corre de mi cuenta,”—dijo el duque al nacer la niña.—“Mi fortuna la partiré

con ella.”—¿Partirla? No contaba el tonto con An-selmo. ¡Partirla!... ¡Ya, ya!... Enterita quedó para ellos. ¿Si creería el señorón pagar el escote barato? No era Anselmo corto en los réditos. Al préstamo de su mujer se los puso cumplidos. Pagólos el du-que con su íntegro caudal y con la escurridura últi-ma de su sangre prócer, vaciada en molde plebeyo para dar carne al cacho de gloria que sonreía jun-to á la condesa.

Aquel triunfo, aquel éxito de riqueza y de po-derio tocaba por completo á Teresa. ¡Bien la secun-dó su marido! Pero cosa alguna lograra de no apo-yarse en la hermosura truhanesca de la morena pi-cos pardos. ¡Fuera enconгимientos! No se achanta-ría frente á un señorito esmirriao y una vieja ran-ciosa, que con ser sus pergaminos muchos, más ha-bía en papeletas de empeño y en escrituras de hipoteca. ¡Ea, que se ciscaba en los reparos!

Y Teresa se erguía sobre su sitial; y su enorme corpachón desbordaba por los manteles; y su mano empuñaba el tenedor, á guisa de cetro; y su ancha caraza alzábbase del plato, insolente, dominadora, desafiando á todos con el mirar de los ojos ru-fianes.

Sentíase atraída la condesa por los encantos per-sonales de Julia, por sus atenciones, por la majestad de su porte.

¿Por qué no aceptarla sin reservas? También la belleza es una aristocracia. En su propio mundo serían transigentes. Quizá harían á Julia reveren-cia cuando el conde la presentara sobre un pedestal de oro con sus cabellos rubios, con sus grandes ojos

azules, con su cutis de nácar, con su modelado de Juno.

Un tenue reflejo de esperanza iluminaba el semblante de la condesa al poner oídos y miradas en Julia; pero si de ésta los llevaba á los otros, á quienes habian de entroncar con ella, acrecían las palideces de su rostro y las tristezas de su gesto.

¡Ah, si el hijo hubiera sido fuerte, valeroso, poco importara la pobreza! Dentro de ella bregarían los dos, sin claudicar, dando frente á la vida. Aun restaban de los pasados esplendores algunas tierras libres. Administrándolas sabiamente, la condesa y Alberto hubieran podido sostener, con escasez, pero con dignidad, el decoro de su linaje. Por desdicha Alberto no servía para tales arrestos. Mal soldado, tuvo que dejar la milicia; mal administrador, empeñó sus exiguas rentas, haciendo vida de *club*, de *sport*, de apariencias que á ninguno engañaban. Era la ruina total, inevitable, cuando se presentó Anselmo con su hija y un millón de duros en trueque de la hipotecada corona.

El conde vió el cielo de par en par abierto y aceptó la venta. La condesa acabó también por aceptar. Era el único medio de que Alberto no se hundiera en una miseria deshonrosa. ¡Desdichado hijo! Y más desdichada su madre que, por salvar al vástago inútil, consentía, pactaba la boda con aquella gentuza, librando su limpia ejecutoria al manoseo de usureros patanes y de prostitutas en retiro...

Como víctima ante los sacrificadores, temblaba la dama en su sillón, reprimiendo las lágrimas, mordiéndose los labios para contener los suspiros, ce-

rando en puño sus blancas manos de marfil y rasgando sus palmas con las uñas puntiagudas. ¡Martirio cruel que la impulsaba á romper en sollozos! No bastaban á contenerlos la belleza señorial, las palabras cariñosas de Julia. La condesa lo comprendía y, como quien busca apoyo para sostenerse y no caer, tornaba los ojos en dirección del médico y del cura, del representante de un Dios que pregona la resignación y del hombre de ciencia hecho, por curar las del cuerpo, á comprender las angustias del alma.

El doctor González Hernando era hombre de bondad y cultura. Pudo ser eminencia en Madrid; pero asqueado de las sendas que precisaba recorrer para escalar ciertas alturas, hizo el equipaje en un día de mal humor, y echó camino de su pueblo.

Allí vivía solitario, dedicado á graves y profundos estudios, manteniendo correspondencia con los prestigios y las publicaciones médicas; imprimiendo folletos, artículos y libros; prestando los beneficios de su ciencia á quien buenamente quería. Este buen querer del doctor, rezaba más con los pobres que con los ricos.

El médico era de la cáscara amarga. Se le aceptaba, se le toleraba por mérito de sus caudales y por obra de su saber.

Tenía González Hernando áspero el genio y noble el corazón. Un conocimiento grande de la vida infiltró en su espíritu franca misericordia para todos los vicios y debilidades humanas. Por nada sentía horror ni asombro. En lo que otros ven crímenes, él veía casos de estudio; para lo que muchos suelen pe-

dir castigo, exigía piedad. Simpático y extraño tipo que, sin necesitarlo, se daba malos días y peores noches, recorriendo las viviendas de los humildes á lomos de un caballo serrano, con su gabán largo, su sombrero flexible y sus gafas de oro, descolgando por la nariz.

González Hernando conocía de antiguo á la condesa. Por razones de su especialidad fué médico del conde, y le asistió hasta su momento postrero. Viejo en la casa, sabía todas sus carcomas. Viejo también en el trato íntimo del prócer, estaba al tanto de la polilla roedora de su organismo. Así es que, cuando la condesa lloraba al difunto, llorando á un tiempo mismo la ruina de su hogar, el doctor dijo tristemente, señalando á Alberto, niño aún: "No es lo peor la herencia. Lo peor es el heredero."

No se había engañado. Claramente lo podían ver ahora la condesa y el médico. Frente á ellos estaba el heredero, la carroña viviente de una raza agusanada poco á poco por los vicios de la ascendencia, por la falta de cruzamientos vigorosos en los enlaces, por los influjos de un medio social, donde no se educa más que la cáscara del hombre, donde no se viriliza la voluntad, donde los mismos músculos, fortalecidos con gimnasias y esgrimas, van atrofiándose en la pereza, desgastándose en los placeres, para compendiarse en hombres entecos totalmente, vivos por fuera, muertos por dentro, sin posible resurrección.

A esta especie de muertos irresucitables pertenecía el conde actual. Era una momia viva que precisaba conservar entre sudarios de oro. "¡Qué reme-

dio!—murmuraba el médico al oído de doña Leonor.—Hay que resignarse. Comprendo el martirio que ello significa para usted; pero hay que resignarse. Lo sabe usted mejor que yo, porque mejor que yo conoce á su Alberto."

Doña Leonor, entristecida y confortada á medias por las frases del médico, volvía los ojos hacia el cura.

Dulce y modesta gravedad acusaba en líneas y actitudes la figura del sacerdote, pulcramente vestido, sin un pliegue, sin una arruga en la sotana de incontables botones. Los ojos casi se le veían, entoldados por los párpados á medio caer. Cuando se alzaban, hacíanlo para mirar cariñosos y honestos. En la boca, de finos labios, había un gesto de ternura. La voz era suave, pausada. Las manos, blancas, regordetas, de uñas rosadas y pulidas, se movían, cuando hablaba el padre Ricardo, unas veces como si bendijeran, otras alzándose al espacio, en demanda de perdón y misericordia.

— ¡El padre Ricardo!... ¡Y tan padre! — cuchicheaba Juanito al oído de Alberto. ¡Buen peje estaba el padre!...

En el pueblo le tenían por santo. Era muy astuto. Algo murmuraban de una apetitosa jamona, viuda y rica, asídua concurrente al confesorio del joven sacerdote; pero la murmuración carecía de pruebas.

En la capital, donde iba el cura todos los meses so pretexto de un pleito, cambiaban las tornas. Juanito lo supo por azar.

— ¡Fué divertido el paso!—decía Juanito, charlando con Alberto en voz baja mientras tomaban el

café.—Yo estaba con tres ó cuatro amigos y con otras tantas mujeres en un reservado de La Venta. ¡Ni que decir tiene, si habría allí guitarreo y copazos de manzanilla y palmas y baile y tentarujal! ¡Éramos personas de buten! Ellas... ¡Compadre, qué gachis! Daban la hora. A medios pelos andábamos todos, cuando sonaron en el camino rodajes de coche y tintines de cascabeles.. Nos asomamos al balcón para ver quién venía; y, ¡ahí le va, amigo Alberto! Entre un grupo de flamencas y de flamencos me vi al propio padre Ricardo, á ese guaja que ahora habla, puestos los ojos en el suelo, con su madre de usted. No le conocí al pronto. Venía disfrazado. Chaquetilla corta, pantalón de talle, botas de caña y cordobés. Parecía un torero. ¡Y vaya si entonces le echaban lumbré esos ojitos bajos! ¡Y vaya si la sonrisilla inocente era de "¡Olé y tira pa adelante!", al dirigirse á las mujeres!... Loco andaba con ellas. A una morucha regordeta le tiró el estache á los pies. Entonces pude enterarme de que había escamoteado la coronilla. Con un bisoné la llevaba cubierta. El socio hablaba á los chais en caló, á cuenta de hablarles en latín. Es un punto, créamelo usted. ¡Hace bien, qué demonio! Antes que cura, el hombre es hombre. Eso no quita para que don Ricardo cumpla su obligación y dé la coba á las beatas; y nos diga las misas cortas y predique como los propios ángeles.

Y Juanito sonreía bondadosamente, guiñando los ojos en dirección del cura, quien, no obstante su gravedad y la importancia que le daba su ministerio, se deshacía en cumplidos y adulaciones con la gordiflona excriada y con el soez usurero. Su poderío

espiritual no era nada sin el apoyo de los ricos, de los influyentes. Había que tenerlos ganados, para dominar á los demás, y el padre Ricardo apretaba aquella alianza con zalemas y elogios.

Todos los comensales reconocían el imperio de aquel Anselmo aforrado en billetes del Banco, máxime cacique á quien el ministro halagaba remudando á su antojo jueces y alcaldes y maestros de primera enseñanza; á quien los jornaleros pedían de limosna el jornal y los terratenientes de condición humilde solicitaban, en épocas de siembra, el préstamo de la semilla, que luego habían de pagar con asesinos intereses. Los propios ricachos, sus amigos, acatábanle por más ricacho. Era el amo. Toda aquella sociedad lugareña estaba sujeta á los mandatos de su voz. Esclava de él era por la influencia, por el salario, por la hipoteca ó por el pagaré. Bien lo sabía don Anselmo. Claro lo indicaban sus ojillos verdosos, recorriendo dominadores todo el círculo de la mesa y alzándose después hacia las ventanas, de par en par abiertas, para recrearse en la extensión de sus dominios.

—Sí, señora condesa—gritó, alzándose del sillón, con la copa de cognac en la mano.—Aquí estamos tós pa servir la á usted y al señor conde. Mi mujer y mis hijos y mis criaos y tós los presentes, somos servidores de usted. Los presentes y otros que vendrán. De mó, que mandar. De una familia vamos á ser pronto. Tan criaos y tan dependientes de ustedes serán los que yo tengo, como de ustedes los montones de onzas que los años y la buena suerte me han permitido amontonar. Chóquese usted la mano; y usted, don Al-

berto, agárrese á las dos de Julia. ¡Bien suaves y bien pulías son! No echará usted menos, tocándolas, ni las de su madre de usted, y eso que de imagen parecen.

La ancha mano de Anselmo, temblando un poco por las puntas de los dedazos, se tendió á la condesa. Esta, pálida, cerrando los ojos, dejó caer su mano en la plebeya.

—¡Aún faltan, aún faltan por venir!—exclamaba Teresa, columpiándose en la mecedora.—¡Ya verán ustedes esta tarde! ¡De primera va á ser! Cuando llega la ocasión, se tira la casa por la ventana.

—Se tira, dice usted bien, se tira—refunfuñó Lucas, mordiéndose las uñas.

—De lo mío tiro—respondió Anselmo, mirando á su hijo entre ceja y ceja.—Fijaremos el día de la boa cuando disponga usted—añadió, encarándose con la dama.—¡Y el día de la boa!... No recuerdo bien lo que hizo en las boas de su hija un Camacho de cierta historia que llaman *Don Quijote* y me ha leído Julia. Pero, vamos, debajo de Camacho, no queda mi cuerpo, señores. ¡Ya verán, ya verán! No nos faltará nadie de sinificancia y postín.

—Alguno faltará—dijo Lucas con acento de envidiosa satisfacción.

—¿Quién va á faltar?

—Quien no vendría manque lo trajesen arrastra: El Milano.

—Por el mote no debe ser gran personaje—interrumpió Alberto riendo.

—Quizá lo sea mucho—replicó Lucas con retintín.

—Lo es—murmuró Anselmo, frunciendo los ojos

y apretando rencorosamente los puños.—Lo es, señor conde, lo es. Sólo que está loco. Con los locos no se hace cuenta.

—¿A quién se refieren?—preguntó doña Leonor, puesta en curiosidad.

—Se refieren—contestó el médico—al marqués de Cazorla, á don Fernando Enríquez de Castro.

—¡El hijo de Isabel de Castro!

—Muerto ó expatriado le creíamos—dijo el conde.—Hace años desapareció de Madrid, y ninguno supo más de él.

—Pues aquí lo tienen ustedes—interrumpió Anselmo.—Tal que dos alimañas viven su madre y él en aquel castillejo que se ve desde este balcón. El castillo y cuatro tierrucas que lo cercan, son tó su patrimonio. Cualquiera labraor más tié. En cambio, de orgullo, pa con los que representan algo en el pueblo, andan ricos. Al marqués llámanle el Milano, por su vivir entre esas rocas, y quizás porque un milano alza el escudo con sus garras.

—Por eso último no será—exclamó Juanito riendo.—¡Cualquiera sabe lo que es el pajarraco! No es fácil distinguir su pinta, según está de mal hecho y de roto.

—Así todo—respondió severamente la condesa—ha podido sostener en alto el prestigio y el orgullo de una gran raza. Por lo visto, no abrió sus garras para dejarlos caer.

VI

Apoyada en su dama de compañía, ganaba despacio la condesa el agrio repecho que conduce al castillo de los Enriquez.

No por cansancio era la lentitud. Era por evocación de recuerdos, que suave y dulcemente conmovían el alma de la vieja señora. A compás del alma iban los pasos.

¡Los Enriquez!... ¡Noble y dura raza, engendada, sobre una hembra incógnita, por aquel bastardo de Alfonso XI, muerto á mazazos en el alcázar de Sevilla! De este Fadrique y de una dama, cuyo nombre ocultara el infante—por muy alto quizá—nació Alfonso Enriquez, fundador de la casa, gran almirante de Castilla, bravo peleador en guerras, diestro cortesano en la paz y no perezoso en el matrimonio, pues hubo doce hijos entre hombres y varones. Por uno de ellos vino al mundo el rey Fernando V.

De reyes por ambas líneas venía también el fundador. Gran celo puso don Fadrique en esconder la madre de su hijo, pero no tanto á evitar que don Pedro I de Castilla machacara al maestré los sesos á

réditos del anticipo que, según crónicas, se tomó en doña Blanca.

Siendo ello así, en la irrupción bárbara tenía su raigambre el secular tronco de los Enríquez. Jefes godos y francos fueron sus ascendientes; soldados de Meroveo y de Ataulfo que vinieron del Norte, puestos en la Roma cesariana los claros y feroces ojos de halcón.

Hartos de sangre y oro, construyeron nidales para esconder su hembra y su botín. Torres chatas fueron los nidos. Desde ellas caían los rapaces guerreros sobre la tierra llana y á ellas tornaban con la espada roja hasta el puño y la presa á lomos de los siervos. Ya viejos, vueltas blancas las cabelleras por la edad, débiles los ojos, más débil el brazo de hierro, asomáronse por última vez á las almenas de sus torres, apoyados en hombros de sus crías, "Esta es mi espada; aquellas mis tierras—les dijeron.—Esgrimid la una; ensanchad las otras.—Y envolviéndose en las cabelleras de nieve, como en un sudario de plata, murieron dando vista al Norte, á la gran selva paternal.

Las crías, abierto el pico, tendidas las alas, prevenido el garraje, se lanzaron á la conquista. Con la cruz de Cristo en el pecho y el hacha homicida en el puño, derramando, sin regateos, la sangre propia y la del prójimo, ganaron, generación tras generación, títulos y riquezas y honores. Ya no podían abarcar desde sus torres los extensos dominios. Coronas ducales y condales remataban el antes liso escudo. Llenábase éste de empresas y cuarteles. Volvíanse las torres chatas arrogantes castillos. Temblaban

reyes y emperadores al empuje de los soberanos feudales. Era el mundo campo de batalla. Las crías del bárbaro invasor, los halcones de raza, giraban unos en torno de otros, garreándose, picoteándose, disputándose fieramente las presas, sin que hubiera padre para hijo, hijo para padre, hermano para hermano... Alguna vez cambiaban sus rudos aletazos de combatientes, en vuelo suave de amantes. En uno de estos vuelos topóse el halcón castellano con la garza real francesa. El graznido se tornó arrullo y nació Alfonso Enríquez.

Nació para continuar la historia de su raza, para añadir nuevos motes y flamantes cuarteles al viejo escudo de los padres. "Dios, mi rey, mi dama., era la divisa de los antiguos nobles. En alto la llevaron siempre, con sus hazañas, los Enríquez.

Granada vió entrar á un Enríquez por sus rendidas puertas. Otro Enríquez, que, de pendenciero y entrampado, no cabía dentro de España, siguió al Genovés en su aventura. Enríquez fueron á Italia con Gonzalo de Córdoba, á Méjico con Hernán Cortés, al Perú con Pizarro y Almagro, á Túnez y á Pavía con Carlos V, á San Quintín y á Flandes con Saboya y con Alba... En todas partes hicieron planta de héroes. La gloria iba con ellos. Cada uno de ellos escribió con sangre de árabes, de turcos, de franceses, de holandeses, de americanos, de italianos, de belgas, una página esplendorosa en la crónica familiar.

¡Ah, la vieja torre de los abuelos, convertida en castillo!... Inútil fué levantar sus cubos hasta muy cerca de las nubes. Desde el cubo más alto no se al-

cazaban los dominios todos que señorearon los Enríquez. Primeros entre los primeros de aquella monarquía española donde no se ponía el sol, compartieron el mote de sus reyes. Olvidada fué entre los riscos, la torre chata, el áspero nidial que relumbra-
ba en los crepúsculos como una armadura salpicada de sangre.

Pero no olvidaron la divisa de los antiguos nobles; le permanecieron leales: y cuando vino para España y para ellos la hora del ocaso, fueron á él poco á poco, resistiéndose tercamente, disputando, palmo á palmo, el terreno. Aún ostentaron resplandores gloriosos, muriendo como buenos en Lens y en Rocroy; entrando vencedores con Spínola en Breda; defendiendo la corona del primer Borbón en Montesa y Almansa, cayendo con el alma en pie en las aguas de Trafalgar.

No claudicaron, no desfallecieron en la mala fortuna. Altivos é indomables la supieron dar rostro. Arrogancia estéril. Sonaba la hora de los nobles. El zarpazo de la revolución francesa alcanzó á todas partes, y los Enríquez, envueltos en la sacudida épica, cayeron de golpe contra una nueva sociedad.

Había que someterse á ella, so pena de perderlo todo; el rango y los caudales. ¡Ay de los halcones de raza que se negaran á cambiar de atmósfera y de pluma!... Tendrían que volver á los riscos de donde salieron y morir allí tristemente, pobremente, olvidados, abandonados, dejando enmohecer en la soledad el pico y las garras inútiles.

Los marqueses de Cazorla no aceptaron el imperativo de los tiempos. Bajo las banderas carlistas

riñeron su último combate. Al presente vivían encerrados en su castillo. Era éste un glorioso montón de ruinas, del que sólo restaba en pie la primitiva fábrica, un torreón chato, de románica arquitectura.

En las noches claras de luna relucía sobre el portón, el escudo señorial, sostenido por un milano y festoneado con esta empresa: MORÍ; NO CEJÉ.

Sentada encima de una roca, dando espaldas al sol, que reflejaba en la torre vetusta, leía doña Leonor la empresa de los descendientes de Alfonso XI.

No mentía la empresa. Los Enríquez murieron sin cejar. No hicieron corte á los reyes constitucionales. No se acomodaron á las exigencias de su época. Llegóse el viento de la desgracia sus dominios; pero no arrastró sus energías y altiveces. Con los últimos tercios castellanos protegió un marqués de Cazorla, padre del actual, la fuga de Carlos VII á Francia. Después rompió la espada y se aisló fieramente en su torre. Hizo de la ruina vivienda, y la habitó con su esposa y con su hijo. Huraño, silencioso vivía, crecida hasta el pecho la barba y hasta el hombro la cabellera, recortada en cuadro sobre los claros y feroces ojos de halcón. A la hora de morir, murió dando la cara al Norte. Tal vez, durante la agonía, resucitó en su espíritu el abuelo bárbaro y llevó la pupila del nieto hacia el Septentrión, á la vieja selva paternal.

¿Cómo la recibirían Isabel y Fernando?

Tal pregunta retenía á la condesa sobre la roca donde asentaba el torreón.

Cierto que ella también pertenecía á la antigua raza; que su marido peleó con don Pedro Enríquez

bajo la bandera carlista; que, como él, aceptó la ruina antes que ceder á exigencias de su época y hacer corte á reyes constitucionales.

Pero, ¿y luego? Ya sabrían en el castillo las flaquezas de Alberto; su venta al oro de un patán; y sabrían que ella, fuera por lo que fuera, había aceptado, pactado, consagrado la venta.

Tentada estuvo de desandar lo andado sin ver á Isabel, á la compañera de infancia y juventud.

—No. Isabel era la bondad misma; Isabel comprendería el sacrificio que realizaba Leonor. No se iría sin ver á Isabel, sin darle un abrazo, sin respirar en aquel castillo, acaso por vez última, una bocanada de su aire.

La condesa se puso en pie, avanzó hasta la puerta é hizo sonar el aldabón. Se oyeron pasos dentro, y un viejo criado, inclinándose ante la dama, luego de oír su nombre, la condujo por una escalera de retorcido caracol, á la habitación central de la torre.

—Voy á dar aviso á la señora—murmuró el servidor—Tenga vucencia la bondad de aguardar.

Era el salón octógono, con desnuda y alta techumbre de granito. De ella caían, adornando los muros, tapices flamencos y españoles, ya viejos y deshilachados, pérdidas, por obra del tiempo, las maravillas del color. Al fondo asentaba un estrado y sobre el estrado un dosel. Bajo éste lucía un sitial gótico las sobriedades de su talla. Al fondo avanzaba la chimenea, de ciclópea arquitectura. Dos hércules, encorvados, apoyados trabajosamente en las clavos, eran sostén de la campana. Ocho armaduras se erguían en los ángulos de octógono. Cada una de ellas

resucitaba un siglo. Cubierto por cada una de ellas había peleado un Enríquez. Las divisorias de tapiz á tapiz se señalaban con trofeos. Entre las dos ojivas que enlucían la estancia, veíase un trofeo, compuesto solamente de espadas.

Eran las espadas de los grandes hombres de la estirpe. En la empuñadura de cada una resplandecía, grabado á fuego, un nombre.

El Salado, decía en la empuñadura del mandoble, que esgrimió Alfonso XI junto al río andaluz: *Jumilla*, en la espada de Don Fadrique. *Gibraltar*, en la del Almirante. *Granada*, en la del Enríquez sitiador. Así proseguía el desfile de hierros y de nombres famosos: *Cerinola*, *Pavla*, *Otumba*, *Lepanto*, *San Quintín*, *Amberes*, *Breda*, *Almansa*, *Trafalgar*, *Bailén*... Sobre el puño de una moderna hoja toledana se leía este nombre: *Estella*. Era la espada del último difunto marqués.

El ayer revivía en aquel octógono, adornado con tapices guerreros, con caballerescas armaduras, con lanzas y escudos refulgentes. Era el espíritu del ayer el que temblaba en el aire, bajo la desnuda bóveda de granito; el que descendía en partículas microscópicas desde el amplió dosel; el que hacía recrutar las tallas del gótico sitial; el que chirriaba en los cueros del sillónaje; el que zumbaba en la campana de la chimenea ciclópea; el que cernían las ojivas en lluvia menudísima de oro sobre el cofre medievo, guardador de la ejecutoria, arca santa de los Enríquez, sostenida por dos horquillones de bronce.

La decoración del pasado estaba completa. Echábase menos la humana figura, por cuya virtud el pa-

sado, tomando carne y voz, se trocara en realidad.

La figura vino, mejor dicho, surgió por la abertura de un tapiz, pálida y austera, encuadrados los cabellos blancos por una toca de encaje malinés, ceñido el cuerpo por liso ropón gris de anchas mangas. Del cordón, anudado al talle de la túnica, pendía un limosnero; de la cadenilla, que por la pechera descolgaba, una cruz de oro mate. Aquella dama, remembradora en rostro y vestimenta de las castellanas antiguas, era la marquesa viuda de Cazorla, Doña Isabel de Castro.

No hubo entre ellas palabras de salutación. Unieronse en estrecho abrazo y se dejaron caer juntas sobre unos árabes cojines, que oyeron lamentos cobardes de Moráima é imprecaciones arrogantes de Aixa.

— ¡Lo sabes! ¿Verdad que lo sabes? — exclamaba doña Leonor, apretando las manos de su amiga. — No tengo la culpa. Por mí... ¡Ah, por mí!... ¡Si vieras lo que he sufrido ayer, entre aquella gèntuza! Momento hubo en que estuve para levantarme y coger á Alberto de un brazo y gritarle: "¡Vamos, hijo, vamos! Mejor es pedir limosna de cobre, yendo de puerta en puerta, que recibirla de oro, entroncando con tal canalla...". Lo hubiera hecho, lo haría. Si yo fuera sola, lo haría.

— Te creo, Leonor. Te trato desde que éramos niñas; sé lo que vales y lo que eres capaz de hacer. Debes sufrir mucho.

— Horriblemente... ¿Qué hacerle? Ya conoces á Alberto. Ha derrochado lo poco que teníamos, desacreditándose entre sus amigos, estando á punto de per-

der la fama en operaciones vergonzosas de usura. Para él, la pobreza, no sólo sería la pobreza, sería la deshonra. ¿Comprendes?

— Comprendo, y lloro contigo, Leonor. Haces bien en salvarle. Su madre eres y como tal cumples.

— Cumplo, á costa de años enteros de mi vida. Acaso la vida entera me signifique este dolor. Pero ¿á qué hablarte de él? Hablemos de algo que te será más grato: de tu hijo.

— ¿Fernando? No tardará en llegar. De caza anda por esas breñas. Aquí vive, tan aislado, tan retraído como yo.

— ¿Por una temporada?

— Por siempre.

— ¿Por siempre?... Es muy joven. A los treinta y cinco años los hombres no se entierran.

— Eso le digo yo. Pero, á buen seguro, no cambiará de parecer. Vino hace diez años totalmente desencantado, asegurándome que los hombres como él, no tenían sitio en este mundo de hoy; que prefería vivir solo, encerrado como una alimaña en su torre, á sufrir nuevos desengaños de la realidad.

E Isabel contaba con altiva tristeza la decepción de su hijo, del mozo arrogante que salió de su torre feudal con el puro y santo amor del rey legítimo en el alma.

Primero, la visita á su desterrado monarca; el solemne encuentro con la encarnación de su dogma. Le llevaba el saludo de un viejo caudillo muerto y la vida del caudillo joven. Aquel mozo, educado solitariamente por su padre en el amor del Rey, se presentó ante Carlos VII, como debieron presentarse

ante Carlomagno los caballeros de la Tabla Redonda, ofreciéndose enteros, sin regatear la sangre, ni la dicha, ni el oro.

El *legítimo* recibióle cortés y afablemente, más en amigo que en monarca, con una semisonrisa en los gruesos y desprendidos labios, con un rayo de gratitud en las negras y cansadas pupilas.

—¡El marqués de Cazorla! ¡El bravo y leal Pedro Enríquez!... ¡Un león!... ¡Que lo preguntaran á Montejurra, á San Pedro Abanto, á Estella, á Navarra, al señorío de Vizcaya!...

—No había piedra allí sin hazaña del buen Enríquez. Era un perfecto caballero. El primero en defenderle; el último en abandonarle. ¡Ay, si hubiera muchos como aquél! Aun podría volverse á los grandes tiempos. Pero... No es que falten leales—añadía, deteniendo con sus palabras el asombro estereotipado en el rostro del joven.—Existen, existen... Aquí estás, para demostrarlo. Sólo que—continuaba—para ir nuevamente á la lucha, conviene andar sobre seguro. No puedo verter sin provecho la sangre de los míos. Mis responsabilidades son graves. Veremos, veremos. Claro que, para ese día, cuento contigo. Ponte, cuando vayas á Madrid, en contacto con X.; obedece sus indicaciones. Él te aconsejará. ¡Ojalá pronto podamos entrar vencedores por mi España, de donde salimos, no derrotados, traicionados. ¡Anda con Dios, anda con Dios!—Y despedía paternalmente al mozo, dejando ver en sus ojos lánguidos una expresión honda de cansancio, un desplome absoluto de la voluntad, un claro deseo de que le dejaran tranquilo y no turbaran su quietud.

No era aquel rey que, al hablar, encogía inconscientemente los hombros, el reverenciado, junto al padre muerto, en el salón octógono, entre los tapices marciales, á la lumbre de la chimenea ciclópea. Pintábalo el padre tal como le dejó en los límites de la tierra española: vigoroso, atrevido, pronto á esgrimir la espada, á jugar de un golpe la existencia. Fernando le vió siempre así, reflejado por el espejo de la memoria paternal, con sus barbas negras, con sus ojos audaces, con su apostura varonil; la boina, con ancho borlón de oro, caída sobre las cejas; la diestra, empuñando el acero; la siniestra manejando el rendaje de un potro. Hasta el ser mujeriego y no reparar en casta de hembra, cuando llegaba la del goce, hacíasele más simpático. Así eran los antiguos monarcas. Díjéralo, si no, Alfonso XI, el abuelo de los Enríquez. Por docenas las tuvo, y ello no impidió que peleara como un tigre en las orillas del Salado, que ganara heroicamente Algeciras, que arrostrara la peste, para morir de ella, mejor que abandonarlos, en los muros de Gibraltar.

¡Qué diferencia entre el rey descrito por su padre en las veladas de la torre, y el que Fernando saludó en el italiano país!...

Nada había que esperar de éste. No sería él quien, por su propia voluntad, emprendiese otra vez la aventura. Si no abdicaba, si no renunciaba á sus derechos, era por el buen parecer, por el respeto de sí mismo. ¿Por lo demás?... Claramente advirtió Fernando en las medias palabras, en la sonrisa escéptica del Señor, que había perdido toda confianza en la causa, en los suyos y en él.

No importaba. Contra los deseos del rey, si ello era necesario, había que jugar el envite. No era la primera vez que ocurría; llena de ejemplos se encontraba la historia. Reyes apáticos, indolentes, sin prestigio y sin cetro, habían sido restaurados por el esfuerzo de sus nobles. Estos pelearon, no por el hombre, por la causa; y cuando la causa triunfó, sentaron al hombre en el trono. Así debían hacer ahora. El lo intentaría; hablaría con los prohombres, con los caudillos viejos; llevaría el convencimiento á sus ánimos, el entusiasmo á sus espíritus. Cuando llegó á Madrid, creíase capaz de realizar la obra.

Los prohombres y los viejos caudillos escucharon al marqués de Cazorla entre asombrados y burlones. ¡Intentar la aventura!... ¡Ojalá! ¿Pero dónde había dinero y gente? Además, el rey no quería. Contra las órdenes del rey, fuera desacato ir.

Así le hablaron casi todos. Algunos, los más viejos, los compañeros de su padre, le escuchaban cerrando los puños y maldiciendo sordamente — «¡Ah, por ellos, lo que es por ellos, al instante! Aún podían esgrimir las espadas; aún tenían sangre que ofrecer al Señor. Ellos estaban arruinados. Los ricos, los poderosos del partido, no arriesgarían un ochavo. Marchaban muy á gusto dándoselas de esquivos y de incorruptibles en sus magníficos palacios, sacando á su oro beneficios en empresas bursátiles, en tratos de comercio é industria. ¡A seguida arriesgaban éstos sus millones en la restauración! Seguían aparentando odio al monarca constitucional, desprecio por las nuevas ideas; pero en el fondo

les tenían las viejas perfectamente sin cuidado. Algunos, gruñendo en voz alta, se regocijaban, *in pectore*, de ver á sus hijos dar espalda al "legítimo," y hacerse cortesanos del usurpador. Quizá bajo cuerda favorecían el cambio de postura.

— «¡Los políticos de la causa! Andaban muy á gusto, en las Cámaras, pronunciando discursos; fuera de ellas, cobrando sueldos de consejeros, acreditando sus bufetes con la influencia que les daban sus investiduras. Como acibar tragarón el retraimiento y la rebelión. Un discurso de aparato al abrirse las Cortes; otro en el banquete anual para celebrar el santo del Señor; luego á sus negocios, á sus pleitos, á sus consejerías, á su vivir cómodo, libre de peligros y de persecuciones.»

— «Con la plana mayor del partido no podía contarse. Los que querían no podían, los que podían no querían. La juventud... La juventud noble iba abandonando el partido á racimos, acomodándose á los tiempos, transigiendo. Los ricos se acercaban al trono para lucir bandas y cruces y bordados; los pobres para que el trono les brindara rayos de favor con los cuales deslumbraban á las burguesas potentadas, á las hijas de banqueros, comerciantes y agiotistas, y casaban con ellas y rehacían sus fortunas. Era el desquiciamiento, la descomposición final; el deshielo bajando en arroyos cenagosos desde las cumbres.

¡Y pensar que abajo, en el pueblo, en los rincones del Maestrazgo, de Navarra, del señorío de Vizcaya, de la vieja y noble Castilla, aún vivía gente, mucha gente, pronta á empuñar el fusil y calarse la

boína!... Pero aquella gente era pobre y humilde. Precisaba dinero y autoridad para levantarla. El dinero se retraía. Las autoridades de la causa no estaban por zarandear los cuerpos en vericuetos y montañas y atajos. ¡Nada, que se acabó!... Y los viejos caudillos, contemplando al joven marqués con ojos húmedos, relampagueantes de pena, se mordían los puños y golpeaban el suelo con los cuentos de sus bastones.

— Pues bien, á los del campo acudiría. No dijera nadie que Fernando Enríquez, el último marqués de Cazorla, había regateado esfuerzos á la divisa de los antiguos nobles, glosada actualmente con el "Dios, Patria y Rey.". Iría por valles y montañas, por derrumbaderos y cumbres, alentando á los débiles, reuniendo á los bravos, concitando á todos, para que empuñasen las armas y restauraran al rey legítimo en su trono.

Malbarató, para convertirlos en moneda, los pingajos de su fortuna, y emprendió la cruzada. Los viejos caudillos también se equivocaron. Cierta que en Vizcaya, en Navarra, en el Maestrazgo, en los rincones de Aragón y Castilla quedaba la exterioridad de la causa; la esencia, la medula, habían desaparecido.

De palabra, aún restaban carlistas; de acción, pocos; y éstos, viejos, inútiles en su mayor parte. Los jóvenes se acomodaban á los tiempos en la montaña y en el llano, igual que en las ciudades. No estaban por coger el fusil. Los no indiferentes respiraban otras atmósferas; atmósferas de taller y de fábrica, donde se predicaba la guerra contra políticos y mercachi-

fles; pero no en nombre de Dios, no en nombre de la patria, no en nombre del rey, en nombre de la redención humana, de la igualdad humana.

Apenas si, á fuerza de dinero y perseverancia, pudo Fernando reunir y equipar trescientos ó cuatrocientos hombres. Con ellos se lanzó á la empresa, imaginando que su ejemplo arrastraría á los demás, que su grito de guerra repercutiría en todos los ámbitos de España.

¡Triste empresa!... ¡Locura ridícula!... A los primeros tiros se dispersó la hueste. El heredero de los Enríquez, el descendiente de héroes, tuvo que escapar á paso de contrabandista, escoltado por dos leales, que, lleno de nieve, de amarguras y de asco, lo dejaron en la frontera.

Cuando retornó á su castillo, luego de abrazar á su madre, sacó de un estuche la espada que ciñó en la aventura. Era un acero toledano con puño de oro, regalo del difunto marqués. En el puño había mandado grabar el viejo esta inscripción: *C. VII.* Fernando rompió en dos pedazos la espada, y arrojó los pedazos por el gótico ventanal al foso del castillo. En el fango desaparecieron hoja y empuñadura.

— Soy un caminante atrasado — dijo, encarándose con su madre. — Debí llegar hace tres siglos. Mis tiempos eran otros. Un muerto soy en los actuales. Para tal muerto, buena sepultura es la torre.

En ella se enterró y por ella y por los riscos á ella inmediatos vagaba solitariamente, como un fantasma de épocas fenecidas.

Imagen rediviva de ellas pareció Fernando á la condesa al presentarse en el salón octógono.

Vestía el marqués traje de pana inglesa compuesto por un corto bombacho y por una blusa tableada. Ceñía la blusa sobre el talle ancho cinturón con tahalí. Por el tahalí descolgaba un cuchillo de monte. Ajustadas botas de cuero le subían hasta cerca del muslo; una boina de terciopelo cubría su cabeza rapada, dando sombra al rostro aguileño, donde relucían dos pupilas azules y doreaba una barba en cuadro.

Pintura escapada á un lienzo del Tizziano, retratador de Carlos V, parecía el marqués; sombra de uno de los Enríquez que pelearon en Pavía y Otumba, salida del sepulcro para conversar con la dama, para acompañarla hasta los umbrales de la torre.

En ellos se inclinó reverente, despidiendo á la condesa Leonor. Gorra en mano lo hizo, apoyando la diestra en el mango del cuchillo montés.

Crujió la puerta en sus goznes de acero y se cerró de golpe.

Diez siglos crujían y se encerrojaban con ella.

VII

Cuando supo Juanón que María andaba con Manuel en cortejo, juró y perjuró, sacudiendo el aire con los puños y haciendo retemblar el suelo con sus patazas de elefante.

— ¿Con que sí? ¿Con que María aceptaba los requiebros de Manuel, de un casi cuarentón, de un calienta cascós jornaleros, que acabaría malamente, en garrote ó en cuadro, si no le mataba antes la falta de olla y de mendrugo?... ¡Moler con la noticial!... Era pa echarse la escopeta á la cara y coger juntos á los dos y hacer en ellos carambola!... Y ya que no á los dos—al fin la chica era su carne— á él sí. A ella... Buenas varas daban los fresnos pa melecina de amoríos.

— ¿Qué mala hierba había la mocita pisao? ¿Pa eso apilaba Juanón duros y más duros en el fondo de su arca? ¿Pa eso compraba tierras y se hacía con una hijuela? ¿Pa eso ganó la confianza y el acojo de Don Anselmo?

— No; pa eso no fué. Y no sería, ¡claro que no sería!... Pa que la hija heredara duros y tierras y los juntara con los de un mozo de su igual, hizo Juanón